

AÑO XV N° 45 primavera 2011 La escuela: un viaje de ida

Marilén Stengel. Egresada de AGBA 2010

Especialista en comunicación corporativa y autora de La Mujer Presente. hacia un verdadero protagonismo femenino. Mujeres ante sí mismas. Madres, hijas, hermanas y amigas, la trama femenina y lo quiero todo y lo quiero ya. Los treinta, la década que le cambió la vida a las mujeres.

Antes de llegar a la escuela, daba charlas y coordinaba algunos talleres con mujeres a partir de la temática de mis libros. Sentía que era lo que me gustaba hacer y que era definitivamente aquello a lo que quería dedicarme. También sabía que me faltaban herramientas para percibir, comprender y gestionar, con mayor idoneidad lo que sucedía en los grupos o equipos con los que trabajaba. Por este motivo, busqué durante años formas para instrumentarme, haciendo diferentes cursos e incorporando técnicos. Pero fue a instancias de Mónica Nigro que decidí ingresar a la Escuela. Así llegué a la primera convivencia un viernes de abril de 2007, día en el que entré en el colegio y subí las escaleras con mi bolsito a cuestas y con una única certeza: me tocaba la habitación 302, una que compartiría con dos compañeras a las que obviamente no conocía. Una hora después de mi aterrizaje, la “aventura” gestáltica ya había comenzado.

Ese fin de semana fue lo más parecido a subirme a una cruz entre un tren expreso que va a una velocidad alucinante y la montaña rusa más extrema que se les ocurra. Durante esos tres días sentir, pensar, respirar y permanecer resultó tan significativo que lo vivido cobró real sentido solo cuando el domingo volví a mi casa, también con mi bolsito, pero esta vez molida y sacudida hasta los cimientos. Esta fue mi iniciación real en la Gestalt. Cualquiera que lo haya experimentado sabe que el primer laboratorio de la Escuela es absolutamente in-ol-vi-da-ble.

Comencé así junto a mis compañeros a cursar el primer año que fue un año que llamó “de aprendizaje al segundo”. La sensación predominante era de enorme plenitud y que todo lo que sucedía en cada una de las clases y en cada uno de los trabajos, y prácticamente en cada minuto, era nuevo, importante y revelador de mi misma y de mis compañeros de ruta. Fue el año del enamoramiento grupal y nos entregamos al autoconocimiento y al conocimiento grupal como una larga y confluyente luna de miel. Eso no significa que a lo largo del año no sintiéramos los cimbronazos que producían en cada uno de nosotros “los darse cuenta” (muchas veces un eufemismo para ¡se me partió la cabeza!), las movilizaciones ante las deserciones de los que se bajaban del tren y decidían no seguir cursando... Ese primer año fue el año en el que aprendimos a hablar gestálticamente, a autogestionar aunque no siempre observando todas las reglas, a querernos y a respetarnos como individuos y como grupo, y a apreciar el valor de la resonancia grupal. Comprendimos con el cuerpo que “el todo es, definitivamente, más que la suma de sus partes”, entre tantas cosas más.

El segundo año fue menos glamoroso y me animaría a decir, mucho más profundo y transformador, al menos para mí. Empezamos a encontrarnos con nuestras propias sombras (aquello que es parte inherente de cada uno y que negamos ferozmente), con la sombra grupal y en la interacción entre ambas, pasó de todo. Recuerdo que ese año batí mi propio record: logré toser durante un mes entero. La mayoría, de una forma u otra, somatizamos a granel. En retrospectiva no tengo idea cómo sobreviví. Tengo la sensación

de que a todos nos pasó más o menos lo mismo y a través de esa experiencia, emprendí la más profunda de mis transformaciones. Hice un completo cambio de piel, en todos los niveles imaginables. También fue el año en que nos peleamos bastante con nuestros profesores y con nuestros directores porque les decíamos que los de “Organizaciones” no teníamos un programa lo suficientemente a medida como para responder a nuestras necesidades. Les pedimos herramientas concretas para intervenir en el campo. Y aunque no obtuvimos una respuesta inmediata, sí percibimos que en el año que siguió, algún ajuste que buscó cerrar esa brecha. Por otra parte fue innegable todo lo que recibimos. En lo personal, a partir del trabajo del árbol genealógico con Dina Minster, inolvidable profesora y actriz itinerante y de la calle Corrientes, comenzó a fermentar en mí lo que hoy es una novela que aún busca editor, pero que confío que en algún momento lo hallará. Durante ese año en el grupo experimentamos enfrentamientos abiertos y subterráneos, expresamos diferencias irreconciliables y de las otras, desarrollamos maneras nuevas de comunicarnos, de ser solidarios y todo esto con una intensidad cuántica, a pesar de todas nuestras diferencias. Antes de fin de año, el grupo se había consolidado definitivamente y así pasamos a tercero.

Después de segundo, tercer año me pareció casi una fiesta. A pesar de tener que asumir la responsabilidad de organizar las Jornadas, el clima que respirábamos era festivo y muchos de nosotros ya queríamos egresar. Nuestro grupo (Clínica y Organizaciones) inicialmente grande, había quedado reducido a poco más de una veintena de colegas, con lo cual las Jornadas fueron un desafío épico. A pesar de todas las dificultades, con el enorme apoyo de profesores, directores y compañeros de los otros años, conseguimos lo que nos parecía imposible: celebrar unas Jornadas populosas, festivas y emocionantes. Y no sólo eso, sino que nuestra Jornada dio superávit. Todo un hit en la historia de la escuela (con lo que sobró compramos champagne para la fiesta de fin de año, pero esa es otra historia). El segundo desafío que propuso ese año fue encarar el desarrollo de un proyecto para el Aval. Ese proyecto me ayudó a salir de un pozo de profunda tristeza en el que había caído un mes antes. Cada uno de nosotros soñó, amasó y plasmó un proyecto que comentamos en grupo, para darnos mutuamente otra mirada y opiniones frescas. Llegamos así al final de nuestro tiempo en la Escuela, casi incrédulos de lo que habíamos hecho a lo largo de estos tres años, juntos y por separado. En la ceremonia final, nos regalaron una planta que engorda hoy en mi balcón y también una invitación a salir al mundo a hacer lo nuestro con todo lo aprendido y vivido. Y eso hicimos, cada uno a su manera y con su estilo.

En este punto me detengo y releo lo escrito. Me pregunto si respondí al pedido que me hicieron: aportar por escrito mi testimonio respecto de lo que significa la experiencia de la Escuela. Entonces pienso que quizás los poetas tengan razón cuando dicen que es imposible expresar con esta lengua genérica aquello que es único e intransferible, como la experiencia del amor o la de la muerte. Pienso que para responder al pedido que me hicieron debería haber escrito un poema, pero no soy poeta. Lo mío es la prosa. Vuelvo.

A mí la Escuela me propuso un viaje hacia el centro de mí misma, para encontrar allí algo que resuena con todas las otras personas del mundo, sean quienes sean, vengan de donde provengan y tengan la edad que sus respectivos DNI indiquen. Nos propuso un viaje grupal hacia adentro y hacia afuera. Y para mí este viaje ha valido la pena aún cuando el costo de enfrentar algunas de mis penas fue abrumador. O quizás, por eso mismo.

Hoy cuando trabajo con grupos, siento que hay un eje en mí que me sostiene y que sostiene a quienes me rodean. Me siento instrumentada y más segura de lo que hago. Sigo estudiando y eso me gusta. Y también me siento en deuda. ¿Cómo devolver aunque sea una pequeña parte de lo recibido? ¿Agradeciendo? ¿Entregándolo a la comunidad? Empiezo por lo primero: a mis compañeros de grupo, a mis maestras y maestros, a mis directores, a mis compañeros de segundo y primero, gracias por el amor, el sostén, las experiencias, las frustraciones, las penas, la pasión y la paciencia.

A todos ustedes, gracias por el fuego.